EL CAPITÁN ROXAS

Á D. MANUEL GÓMEZ-IMAZ

A Baronesa de Ebeling, bella y rica viuda con cuarenta años de edad, se hallaba ligada, por vínculos de sangre y de afecto, con las casas más ilustres de Prusia. Era aristócrata de corazón. Comprendía y confesaba la existencia de infinitos nobles convertidos en canallas, y la de gentes plebeyas, mil veces preferibles, que resultaban caballeros sin tacha y sin mancilla.

Egoísmo refinado, según la Baronesa,

era el de las personas ilustres que contraían matrimonios desiguales, puesto que en tal caso quienes se perjudicaban eran los hijos. Los argumentos de la de Ebeling se reducían á decir:

Algo tendrá la sangre cuando los más demócratas y los más despreocupados se enorgullecen al ver que sus hijas contraen matrimonios con personas de título; algo tendrá cuando el vulgo mira con distintos ojos á los descendientes de los criminales que á los de los hombres ilustres; algo tendrá cuando hay tantos que alardean de su parentesco con duques y marqueses, y tan pocos los que publican que sus deudos son zapateros y carniceros; algo tendrá cuando nadie se ofende de que le hablen de su abuelo *el Conde* ó *el Almirante*, y muchos se agraviarían de que les recordaran que su antepasado fué tabernero ó limpiabotas; algo tendrá cuando tantas supercherías se forjan para simular buena cuna, y tan pocas para demostrar un nacimiento humilde, y algo tendrá la *sangre azul* cuando no les ha ocurrido á los señores demócratas formar gremios ó cofradías en que solamente puedan

entrar los que justifiquen descendencia de villanos por todos cuatro costados. En fin; ser legalmente de buena prosapia, es una gracia del cielo que nadie repele, así como tampoco nadie rechaza un cuerpo distinguido y garboso. Si los apellidos y las caras se eligiesen, ¿cuán grande no sería el consumo de nombres ilustres y de bellas fisonomías?

Empapada la Baronesa en tales creencias, que, absurdas ó axiomáticas, hallaban pleno asentimiento y conformidad en las personas de su trato, se comprenderá fácilmente la importancia que daba á la alcurnia del novio de su hija única, linda muchacha de veinte años, con buen dote y buenas dotes. Magdalena amaba al capitán Roxas, y el capitán Roxas amaba á Magdalena.

* * *

De este capitán se sabía que era uno de los oficiales más ricos, generosos, gallardos y valientes del ejército prusiano. Frisaba en los treinta años. Alto, moreno y con ojos negros, no desmentía su origen español. De esmerada educación, hablan-

do varias lenguas de Europa y peritísimo en equitación y esgrima, no era manco en el piano ni en rasguear con soltura una guitarra. Su comportamiento y la conocida nobleza de su apellido histórico, le franqueaban todas las puertas y lo hacían pasar por un dechado de caballeros.

La Baronesa se dejó llevar por estos rumores; pero cuando advirtió que las pretensiones se formalizaban y notó que el capitán, resistiéndose á la mejor diplomacia y á las más hábiles indirectas, jamás nombraba á *España,* ni á su *familia,* ni á sus *parientes,* comenzó á entrar en sospechas y á tomar, por conducto de cónsules y embajadores, informes del linaje, prosapia y alcurnia del misterioso capitán Roxas. Éstos dieron los turbios é incoherentes resultados que siguen:

(A) Que descendía de un lacayo;

(B) Que era expósito;

(C) Que era hijo natural de la ilustre dama que luego fué Marquesa de Tabaloso;

(D) Que no era hijo de dicha señora, sino de su marido el Marqués y de una modista;

(E) Y por último, coincidían todos los declarantes en que el capitán no se llamaba *Roxas,* y que había tomado este noble apellido, bastante generalizado en España, para ocultar su humilde nombre de familia.

A la Baronesa se le anubló el corazón con tales nuevas. Ella hubiese preferido la paternidad natural del Marqués de Tabaloso, porque entre aristócratas se antepone la alta cepa bastarda á la humilde cepa legítima. Yo, que había sido médico de la Baronesa en la temporada que ejercí la profesión en Berlín, conservaba con ella excelente amistad. Sabedora de mis relaciones y conocimientos en España, me mandó llamar, me abrió su corazón y me expuso sus cuitas. La incertidumbre era lo que más le atormentaba. Poco le suponía ya que Roxas fuese noble ó plebeyo: lo que ansiaba saber era el verdadero origen del misterioso capitán.

Cuando le manifesté que no me era difícil satisfacer en el acto su justa curiosidad, se volvió loca de alegría. Mandó arreglar la chimenea y que trajesen una

botella de superior y legítimo *Rüdesheim.* Colocada una mesa delante de la lumbre, repetida al maestresala la orden de que no recibía á nadie, cerrada la puerta del gabinete, y después de tomar *por su belleza* (brindis que me agradeció mucho) una copa de aquel delicioso néctar, solté la voz á semejantes razones:

—Supongo, señora Baronesa, que está Vm. conforme en que casi toda la nobleza europea arranca de hembras; quiero decir, de *puntas de espadas* y de *amigas de reyes...*

—Sí señor, sí señor.

—Pues entendiéndolo así y reputando por mejores troncos á un Beltrán Du Guesclin ó un Diego de Almagro, que á Juan Froissart ó al Arcipreste de Hita (suponiendo que no hubieran sido eclesiásticos) tenemos que decir con Don Quijote: *Quitenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas.* Me figuro que va Vm. á *armar caballero* á nuestro capitán, y hago esta advertencia para que me escuche Vm. con tranquilidad.

—Mil gracias, querido Doctor; prosiga Vm.

—Pues ha de saber Vm. que en 1852 me hallaba yo en Madrid, y tenía estrechas relaciones con el Marqués de Tabaloso. Este perfecto caballero llevaba los buenos apellidos de Osorio, *Roxas,* Castro y Mendoza, era poseedor de un gran caudal y no tenía hijos. Fué militar y se retiró de coronel. El día que obtuvo la licencia absoluta, hizo una hoguera con todos sus papeles, cruces y pertrechos de soldado. Nunca pude averiguar la causa de la ojeriza que el Marqués profesaba á las armas. Creo que el origen fué cierto compromiso contraído con motivo de uno de los *pronunciamientos,* tan vulgares en España en aquella época.

Era el Marqués aficionado á los caballos, gran jinete y muy amigo de Baucher, del conde D'Aure, del general L'Hotte y demás maestros franceses. Su biblioteca *hípica* en todas las ramificaciones del asunto, no tenía rival. De carácter franco y expansivo, su único defecto era ser un poco irascible, pero su ira jamás pasó de momentánea. Llama de chamarasca y nada más. Gozaba en pedir perdón al que creía haber ofendido, aun cuando

fuese de pensamiento. Como militar, su valor rayaba en lo temerario.

La Marquesa era una santa. Pensar en hijos naturales de aquella dama, que no los tuvo ni legítimos, es pensar en lo imposible.

En los tiempos á que me refiero servía al Marqués un ayuda de cámara de muy buen porte, licenciado del ejército, y natural de un pueblecillo de la provincia de León. Llamábase Germán Alonso, y era hijo de un albañil. Pasaba por mozo de honradez y de vergüenza, no desmentidas en los tres años de servicio en la casa. No pudiendo comprender el vulgo que *Alonso* fuese apellido, el mismo interesado trocó los frenos de su nombre, por cuyo motivo todos le decían y él se firmaba, *Alonso Germán.*

* * *

Hallábase el Marqués por aquel entonces enamorado de un caballo normando, y con tal maestría trabajó el negocio, que vinieron á ofrecérselo. No anduvo con regateos ni chalanerías.

—Vamos — dijo, — el jaco me gusta, y si me agrada también el precio, lo compro. ¿Cuánto vale?

—Señor Marqués—replicó el vendedor, —para no moler, vale 5.000 francos.

—C ntrato hecho; Alonso — dijo entregando una llave á su criado, — en mi gaveta, bajo un sobre, hay seis billetes franceses de 1.000 francos: traiga Vm. cinco.

El vendedor recibió de manos de Alonso los billetes, y comenzó á mirar y remirar al que tenía una gran quemadura en su centro.

—Señor Marqués, ¿pasará este billete?

—Hombre, sí; esto no le importa nada.

—Pero ya se ve... ¡la quemadura es tan grande!

—Venga acá el billete — respondió el Marqués con enojo; — Alonso, cámbielo Vm. por el otro que ha quedado en el cajón.

Bajó el criado á los pocos momentos con un nuevo billete sano y salvo que entregó al vendedor, devolviendo la llave á su amo.

. . . . . .

A los veinte días de este acontecimiento fué el Marqués á buscar su dinero, y no halló más que el sitio y vacía la cubierta que lo encerraba. Se registraron escrupulosamente todos los cajones y las correderas; se desarmó por completo la mesa... y nada pareció.

El Marqués tenía evidencia de no haber dispuesto del *billete quemado:* la llave permaneció siempre en su bolsillo: Alonso fué quien intervino en este asunto, y como Alonso era el único sirviente que entraba en el despacho del Marqués, Alonso debía saber el paradero de los 1.000 francos.

Nada se averiguó. El criado, como era natural y siempre sucede, juró y perjuró que el billete quedó en el mismo sitio y que no había vuelto á verlo: el Marqués se empeñaba en regalar los 1.000 francos á Alonso, con tal de que éste confesase que los había tomado: el mozo se resistía con terquedad á tal confesión: su amo, ya iracundo, le llamó embustero, ladrón y canalla, amenazándole con los tribunales de justicia. Cuando se hallaban á punto de venir á las manos, intervino afortunadamente la Marquesa para calmar

la tempestad, y Alonso fué despedido con la caballerosa oferta de no revelar el motivo de su expulsión.

Al corto tiempo hubo una prueba de la criminalidad del mozo. Su mujer, que tenía una modesta casa de huéspedes, mejoró el menaje de la posada, comprando muebles y ropas por valor de tres mil y pico de reales. Alonso, además de pupilero, trabajaba de mozo de comedor ambulante en las fondas ó sitios donde le necesitaban.

Todo se olvidó antes de un mes, y los Marqueses, al recordar á Alonso (cuyos buenos servicios echaban de menos), decían: Dios lo perdone, como nosotros lo perdonamos.

* * *

Conservaba el Marqués algún caudal y muchas relaciones y parientes en Potsdam, á donde iba con frecuencia. Propúsole uno de sus deudos cierto negocio mercantil en Filipinas, y el buen Tabaloso, más por proteger al primo que por afán de medro, se había aventurado, tiempo

atrás, á destinar algunos miles de duros á semejante empresa. Tuvo ésta varias alternativas; hubo quiebra; siguióse un pleito que duró varios años; se embargaron bienes, y por fin llegó la hora de cobrar los veinte y tantos mil pesos arriesgados en la especulación. La correspondencia del Marqués con su agente de Manila era activísima, y el correo de aquellas tierras esperado siempre con interés y curiosidad. No olvidaré la noche en que se recibió un pliego que causó gran satisfacción á los Marqueses. Rezaba en él hallarse cobrados, no solamente los veintidós mil pesos de la deuda, sino también los intereses de seis años, las costas judiciales y los daños y perjuicios.

—¡Victoria en toda la línea!...—exclamó el Marqués frotándose las manos con júbilo.

—¡Bendito sea Dios que tanto nos favorece!... — dijo la Marquesa elevando los ojos al cielo.

A buena cuenta contenía la carta una letra de dos mil esterlinas á cargo de la casa de Baring Brothers de Londres, tomada sin descuento, y la oferta de re-

mitir el resto, ya aprovechando ventaja en los cambios, ó ya del modo que determinase el Marqués. Éste examinaba las notas y documentos del pliego, mientras que la señora y yo tratábamos y defendíamos que fuesen *dos mil*, en vez de *mil*, los pesos que había ofrecido para las limosnas y obras de caridad á que la santa Marquesa dedicaba cuantos bienes, propios ó ajenos, caían en sus manos.

De repente, y en medio de aquel holgorio de familia, se levanta el Marqués pálido, convulso y con el cabello erizado, prorrumpiendo en un

¡¡¡DIOS MÍO DE MI ALMA!!!...

cuya entonación, fuera del alcance y facultades de un Garrick, de un Lemaitre, ó de un Romea, créalo Vm., Baronesa, jamás se borrará de mis oídos.

Aquel hombre cayó desplomado sobre el sillón, repitiendo con voz ahogada y en diversas inflexiones:

¡DIOS MÍO!... ¡¡DIOS MÍO!!... ¡¡¡DIOS MÍO!!!...

Mi situación y la de su esposa la comprenderá Vm. sin que yo trate de expli-

carla. Me alargó por instinto la alegre y satisfactoria carta de Manila, que escrita sobre pliego en folio terminaba en su primera plana. Debajo de la firma decía *á la vuelta;* y á la vuelta se hallaban efectivamente los renglones que siguen:

> Acabo de recibir en este momento de la salida del correo su grata de 3 de septiembre, cuyo contenido es de conformidad. Lo que no comprendo, pues nada me explica la carta, es la inclusión que V. S. me hace en ella de un billete de francos
> 1.000 (mil) del Banco de Francia, con
> número de orden 29.052, que por cierto tiene una quemadura en su centro. Casualidad ha sido que no lo sustraigan en el correo, viniendo la carta sin certificar. Desde luego se lo abono á V. S. en n/c con baja del 6 por 100, que es hoy su descuento en esta plaza, ó sea por francos
> 940, que al cambio de 5'25, arroja (salvo error) un total de pesos
> 179'05.=Fecha ut retro.=*M. Lizardi.*

Tabaloso se hallaba confeso y convicto de su distracción ó torpeza en haber incluído la carta para Manila bajo *el mismo sobre* que custodiaba el billete de banco.

El Marqués ansiaba ver á Alonso y pedirle perdón. Yo, que sabía su casa, llegué á ella volando, y lo hallé correctamente vestido de frac y corbata blanca, dispuesto para servir de camarero en cierto banquete que iba á celebrarse aquella noche en no recuerdo qué fonda ó palacio.

Le expliqué en pocas palabras el desenlace del asunto, mientras á trote largo volvíamos al domicilio de Tabaloso en uno de sus carruajes.

La entrevista puede Vm. figurársela, querida Baronesa. El Marqués se avanzó á Alonso, inclinó el cuerpo, le cogió la mano, y besándosela dijo:

—¡Alonso!... ¿Me perdonas?

Alonso, temblando como azogado, blanco como la cera, y con turbada lengua balbucía:

—Señor... señor... señor Marqués, yo no puedo, yo no puedo perdonarlo... porque yo... porque yo perdoné á V. S. con todo mi corazón desde que salí de esta casa; V. S. es quien ha de perdonarme á mí el atrevimiento que voy á tener con esta santa...

Y diciendo y haciendo, se arrodilló

ante la Marquesa, le cogió las manos y se las cubrió de besos y de lágrimas. En fin; una escena que descrita por novelista hábil ó representada por buenos actores, hubiera colmado de gloria y aplausos al uno y á los otros.

* * *

El modesto pupilaje de Alonso, del cual era el alma su mujer que dirigía la cocina con las manos y el entendimiento, saltó desde un sombrío tercero de la calle de Jacometrezo á un hermoso principal de la de Alcalá. Por dos años todo navegó viento en popa, gracias á la buena suerte y á la protección y amparo de los Marqueses de Tabaloso. Éstos no pudieron apadrinar al segundo hijo de Alonso, porque el parto fué infeliz y además costó la vida á la madre. La pena del viudo fué grande, pero de corta duración: falleció de pulmonía á los dos meses. Dejó por herencia unos mil duros en que se vendieron los muebles de la casa, y un sucesor primogénito de seis años de edad, llamado *Periquillo Germán García,* puesto

que en la partida de bautismo rezaba que el nombre de su padre era Alonso Germán, de oficio camarero, y el de su madre Francisca García.

Ya habrá Vm. comprendido que este *Periquillo* es hoy nuestro

DON PEDRO DE ROXAS,

capitán de Húsares en el ejército de Alemania.

Los Marqueses de Tabaloso le costearon educación y carrera, y testaron á su favor una renta de veinte mil francos en papel de la deuda francesa. Se formó un expediente aclaratorio del error de su partida de bautismo, para justificar que el apellido era *Alonso* y no Germán; y también se consiguió autorización, á solicitud del interesado, para usar el de *Roxas* en recuerdo de gratitud y afecto á sus protectores. Como el chico deseaba ser militar, y al Marqués no se le gastaba su ojeriza contra el ejército español, logró también que el ahijado fuese reconocido como súbdito alemán y sirviese en las tropas de dicho país.

En vista de tales antecedentes, mi exce-

lente Baronesa, ¿qué diablos quiere Vm. que el capitán diga ó hable de su familia, de su niñez, de sus parientes y de España, si salió de aquel país á los nueve años y no conserva en él personas, ni bienes, ni recuerdos de su cariño y afecto? Tantas relaciones debe tener Roxas con España, como Vm. con el Japón. Noticias históricas y geográficas, y nada más.

—Es verdad, muy verdad—dijo la Baronesa de Ebeling.—Muchísimas gracias, Doctor, por la relación que acaba Vm. de hacerme. La milicia tiene de por sí brillo y nobleza; pero el asunto merece pensarlo despacio. ¿Y está enterado de su propia historia el capitán Roxas?

—Lo ignoro, señora Baronesa. Pero si no la conoce, debe sospecharla. Él es amigo mío, y cuando nos vemos platicamos en español, que lo habla correctamente. Me cita párrafos del *Quijote*, de *Santa Teresa* y de su poeta favorito, que es el Duque de Rivas; me recuerda las corridas de toros y las comedias que vió en Madrid; me repite su deseo de dar una vuelta por España; conserva en memoria la magnificencia y lujo de las caballerizas

de Tabaloso y lo mucho que gozaba en ayudar al Marqués á poner herraduras á los caballos; me encomia la hidalguía de aquellos señores, cuyo recuerdo no se borra de su alma..., y aquí paz y después gloria.

Apuré la cuarta copa de *Rüdesheim* y me despedí de la Baronesa. A los pocos días recibí de ella un regalo espléndido: cincuenta botellas de *Johannisberg* añejo y mil cigarros habanos legítimos de superior calidad, ó sea de aquellos que no se encuentran hoy por un ojo de la cara. ¡Buenos eran!

* * *

Pasados seis meses y hallándome en Londres, cayó bajo mi vista la *Neue Preussiche Zeitung* de Berlín, de fines de diciembre de 1875, donde leí el siguiente párrafo:

> El jueves último se verificó en la iglesia de Nuestra Señora el matrimonio de la Srta. *Magdalena*, hija de los Barones de Ebeling, con el Sr. P. de *Roxas*, Capitán de Húsares.

No agregaba, como hacen muchos papeles españoles, lo de llamar *bella* á la novia y *distinguido* al novio; ni decía los *broches*, *camisas* y *medias* que le habían regalado; ni el nombre del *canónigo* que los casó; ni el del *padrino;* ni los *platos* que almorzaron; ni el *pueblo* ó *castillo* adonde marchaban para pasar la luna de miel... Tan interesantísimas noticias se las callaba el diario alemán, sin escribir más que el suelto mondo y lirondo que dejo copiado.

Cogí la pluma y felicité á la Baronesa diciéndole que si las ESTRELLAS intervienen en la bienandanza humana, su hija había de ser completamente venturosa, puesto que con *cinco* puntas ó con *seis*, y ya viniesen del *cielo* ó ya de las *espuelas* (STAR ó MULLET, como dicen los heráldicos ingleses), siempre resulta buen blasón, en todos sentidos, el que describió Luis Zapata en su *Carlo Famoso*, diciendo:

Cinco estrellas azules esculpidas
En limpio escudo de oro reluciente,
Son de ROXAS las armas conocidas
Por linaje famoso y excelente...

No escribí á los novios, pues para que fuesen todo lo dichosos que yo deseo, maldita la falta que les hacía la felicitación de

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, 2 de abril de 1891 años.